

VOLUNTAD DIVINA

CUENTO por JUAN BAUTISTA MOLINA LUNA



El toque del avemaría del día 1.º de febrero estaba sonando y el señor cura, con las autoridades, ante la puerta principal de la Casa Consistorial, rezaba la oración del Angelus, terminando con un «Vítol al Patró Sant Blai», dando principio con ello a nuestras fiestas de Moros y Cristianos, siguiendo a continuación el acto más histórico de las mismas: la retreta de Cajas y Tambores que llenaban con su clásico run-runeo las calles de la población...

* * *

En una esquina, una parejita enamorada recibía con júbilo el primer acto de fiestas, y él, que acababa de ser licenciado del Ejército, con el alborozo y entusiasmo de un corazón festero, quería arrancarle a ella la promesa formal de tener relaciones amorosas. Ella, capullo fragante con sus dieciocho primaveras, lozana y hermosa cual mujer bokairentina, se debatía ante el asedio del pretendiente, que no cejaba en su empeño, siendo incapaz de librarse del compromiso, pues también lo deseaba, pero mujer, al fin, que gusta de ver y hacer padecer al hombre a quien ama, le puso esta condición:

—Mira, estoy segura que cuando te pongas el traje de fiesta será difícil volvernos a ver, pues tú irás con tus bromas y tus cosas y ni te acordarás de mí; pero el día de San Blas, cuando entre la procesión en la iglesia, te esperaré y si consigues reunirte conmigo, será la prueba de que el cielo también quiere que nuestro amor sea eterno...

* * *

El cornetín del Capitán Mayor vuelve a sonar ordenando que reanude la Procesión y

la ingente multitud se encamina rauda para llegar cuanto antes al templo.

Hacia unos instantes, Bocairente todo, congregado en la espaciosa Plaza del Caudillo, tributaba a su excelso Patrón en el momento de su entrada en la misma el acto de homenaje y veneración que anualmente esta laboriosa villa le ofrece en prueba de gratitud y obediencia. Son unos instantes en que se llora de emoción y se conmueve de júbilo. El entusiasmo llega al cenit de su explosión y los miles de corazones allí reunidos al unísono sienten el mismo placer y anhelan el mismo deseo: «Honrar a San Blas». A este coro de plegarias y vítores, las bandas de música ponen un fondo lírico, con las notas solemnes de la Marcha Real y los fuegos artificiales que inundan el espacio, bordan un marco de luz y color formando un cuadro sublime, armonioso, magnífico, conmovedor.

Nuestro héroe espera su turno a la cabeza del pelotón de soldados que licenciados del ejército, visten de nuevo el uniforme militar, para acompañar a San Blas, en acción de gracias por haberlos devuelto a casa, y emprende ansioso la marcha para llegar pronto a la Iglesia. Su deseo es tan fuerte y su obsesión tan manifiesta, que se olvida por completo de cuanto le rodea. Solo quiere llegar y ver esos ojos que le están esperando, encontrarse con la persona amada y sellar ante Dios la promesa de su amor. Poco a poco se acercan a la escalinata de la puerta principal y de un salto se coloca en la cancela. Iba sudando de emoción, de esperanza. Notaba que su pecho era pequeño para sostener los latidos de su corazón. Se sentía nervioso. El uniforme le ahogaba. Sin darse cuenta se había adelantado unos pasos de sus compañeros que le sisea-

ban que esperase. A trompicones iba abriéndose paso en el estrecho pasillo que deja la gente desde la puerta de entrada, hasta el Altar Mayor. Miraba a todos lados sin ver a quien buscaba. Conforme avanzaba sin encontrar a la persona amada, se le nublaban los ojos y le parecía un suplicio aquel rumor ensordecedor que llenaba las naves del templo. No veía más que una ingente multitud que, enardecida, se apiñaba gritando sin cesar. Llegó al coro sin saber lo que hacía, roto su corazón, su fe y su esperanza; como si la vida se hubiera cambiado en unos minutos... ¡No le esperaba!... Qué podía haber sucedido para obrar así...? Aquella atmósfera le asfixiaba. Quería respirar aire puro, pues notaba que el pecho le oprimía. Imposible era dar un paso. Pero él dando tumbos y molestando a la gente se encontró ante el altar de San José. Había salido del Coro por la puerta del Evangelio y la misma riada de gente le empujaba. Estaba desesperado. No podía más. Notaba que las fuerzas le faltaban, el agobio le vencía; iba como un autómatas arrastrado por la multitud cuando, sin darse cuenta, se vio solo. La gente le había impulsado por el estrecho pasillo del altar de las Animas a la Capilla de la Comunión. Tuvo un momento de claridad en su pensamiento y dándose cuenta de dónde se encontraba, a pesar de sus nervios destrozados, su corazón, de católico ferviente, le llevó a postrarse de rodillas ante la Sagrada Mesa... Aquello fue un lenitivo a sus pesares y un sedante para su alma destrozada... No se explicaba lo sucedido, ni podía comprender porqué ella no acudiera a la cita. Si era que no le quería, representaba para él el mayor dolor y desengaño, mas reconociendo que Dios le escuchaba y también se encontraba solo y pensando que únicamente El conoce el destino de toda criatura, exclamó en un arranque de fervoroso sentimiento:

—¡Señor, hágase tu voluntad!

Al conjuro de estas palabras, la persona que estaba junto a él, en el reclinatorio, se volvió curiosa a mirarle y él, como arrastrado por la fuerza de un imán, levantó sus

ojos y al encontrarse sus miradas, quedaron absortos de emoción, exclamando a la vez:

—¡¡¡TU!!!

Era ella, la mujer preferida y deseada, que al llegar a la Iglesia, se fue directa al Sagrario a orar, con la confianza de que él iría a buscarla si Dios lo tenía reservado para ella.

Se cumplió la voluntad divina y ninguno de ellos salía de su asombro. Mudos y estáticos permanecieron unos segundos y calladamente daban gracias al Señor. Como impulsados por un mismo resorte, se levantaron e intentaron salir del templo. Aquello era un hervidero de gente, un derroche de esplendor, un escándalo emotivo, un escándalo que conmueve y hace llorar al más escéptico, un escándalo que lo promueve la fe, la emoción y el amor. ¿No es un contrasentido que a veces se lllore de alegría? Pues así es el sentir de los bocairentinos en esos momentos sublimes que aunque pareciera más piadosa una oración en silencio, no pueden albergar en sus pechos la efervescencia de su amor y la explosión de su fe. En vez de callada plegaria, se trueca en vítores unánimes que desahogan el corazón...

Así continúan, «in crescendo», las fervientes muestras de cariño, de un pueblo aclamando a su Patrono, mientras la Imagen en penoso caminar, llegaba a los pies del Altar Mayor y al volver la cara, de beatífica y paternal mirada, para bendecir a todos sus hijos, se desbordaba el torrente de devoción y entusiasmo, inundando las almas de patética emoción...

Cuando se pudo hacer el silencio, una banda de música dirigida por experta batuta, entona la sintonía de nuestro Himno y aquella nueva pareja de novios, futuro hogar cristiano del católico pueblo de Bocairente, do seguirán manteniendo la llama de esta tradición sacrosanta, une sus voces veladas por la dicha que sienten en su interior al coro general y lentamente van desgranando las estrofas que suben al cielo como una oración:

Honra y gloria al insigne prelado...